

# ANTONI GAUDÍ

(1852-1926)

EL ARQUITECTO DE DIOS

A monochromatic blue-toned portrait of Antoni Gaudí, showing him from the chest up. He has a full, dark beard and mustache, and is looking slightly to the left of the camera. He is wearing a dark, textured jacket over a light-colored shirt and a dark tie.

ASOCIACIÓN CANÓNICA ANTONI GAUDÍ  
BARCELONA 2024

# **ANTONI GAUDÍ**

**(1852-1926)**

**EL ARQUITECTO DE DIOS**

**ASOCIACIÓN CANÓNICA ANTONI GAUDÍ**  
**BARCELONA 2024**

© Depósito Legal B 15304-2024

© Depósito Legal B 15304-2024

Queda prohibida, sin autorización por parte de la Asociación Canónica Antoni Gaudí, la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento.

## **ASOCIACIÓN CANÓNICA ANTONI GAUDÍ**

[info@beatificaciogaudi.org](mailto:info@beatificaciogaudi.org)

[www.beatificaciogaudi.org](http://www.beatificaciogaudi.org)

## **CRÈDITS**

Los redactores de este opúsculo son

Armand Puig i Tàrrach y Francesc Torralba Roselló

# ÍNDICE

1. Pórtico	7
2. Apuntes biográficos	10
3. La espiritualidad de Gaudí	15
4. La belleza y las fuentes de inspiración: Biblia, liturgia, naturaleza	21
5. La práctica de las virtudes cristianas	27
6. El camino de la mística	33
7. Epílogo	37

# 1. PÓRTICO

El día 7 de noviembre de 2010 el Papa Benedicto XVI consagró el altar y la basílica, aún inacabada, de la Sagrada Familia, y presentó ante el mundo la obra más emblemática del siervo de Dios Antoni Gaudí y Cornet (1852-1926). Al mismo tiempo, el Santo Padre recordó la figura de su autor, reconocido mundialmente por su aportación en el campo de la arquitectura, del que alabó su proximidad a la Palabra de Dios, a la liturgia y a la naturaleza, inspiradoras de su obra. Hacía varios años, en 1982, san Juan Pablo II había sido el primer Papa en visitar la Sagrada Familia y había afirmado que la basílica ya tenía fortaleza desde su comienzo.

A partir del opúsculo que la Asociación pro Beatificación de Antoni Gaudí había publicado y a partir de la documentación recogida con motivo de la redacción de la “positio”, la Asociación Canónica Pro Canonización de Antoni Gaudí, constituida en diciembre de 2023 por el Cardenal Juan-José Omella, arzobispo de Barcelona, desea ofrecer a todos los devotos y simpatizantes de la causa de la proclamación de la santidad de Gaudí el opúsculo que tienen entre manos. Lo hace sabiendo que muchas personas, en el pasado y en el presente, consideraron que Gaudí era un hombre que practicaba las virtudes cristianas y que su vida fue ejemplar. El llamado “arquitecto de Dios” reúne en su persona unas capacidades técnicas fuera de lo común, que hacen de él un genio

de la arquitectura de todos los tiempos, y manifiesta una vivencia espiritual, que le califica como un cristiano que ha alcanzado un sentimiento religioso propio de los místicos. La piedad es esencial en el espíritu de Antoni Gaudí. La admiración ante la obra del Creador, el sentimiento de pequeñez frente a Dios, de reverencia ante lo sagrado, son elementos de su persona y de su obra. Por otro lado, Gaudí es un genio y, por tanto, un creador, y la creación es una obra del amor, porque el amor es, por sí mismo, innovador y difusivo. En Gaudí, este amor se dirige a Dios, si bien no deja de estar implicado en la historia humana mediante la vía de la belleza, el camino en el que Dios le ha concedido sobresalir. Su gran obra, la Sagrada Familia, es un canto a la Trinidad del cielo (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y a las tres personas de la tierra (Jesús, María y José). Como templo expiatorio, es el fruto de las pequeñas ofrendas de una multitud de personas, de orígenes y culturas muy diversos, que se siente atraída por la humilde belleza de una iglesia que es toda ella una alabanza al Creador.

Este opúsculo quiere presentar la dimensión cristiana, profundamente espiritual, de una figura que dejó un ejemplo de vida santa, válida para el pueblo cristiano y para cualquier persona de buena voluntad, y que sea invocado, si la Iglesia así lo juzga, como nuestro intercesor cerca de Dios.

Barcelona, 10 de junio de 2024

Aniversario de la muerte del siervo de Dios



## 2. APUNTES BIOGRÁFICOS

Antoni Gaudí y Cornet, era hijo de Francesc Gaudí y Serra, natural de Riudoms y calderero de profesión, y de Antonia Cornet y Bertran, natural de Reus, también de familia de caldereros. Nació en Reus el 25 de junio de 1852, y al día siguiente fue bautizado en la parroquia-prioral de San Pedro Apóstol de esta ciudad. Murió en Barcelona, en el Hospital de la Santa Cruz, el día 10 de junio de 1926, como consecuencia del atropello del que había sido objeto tres días antes por parte de un tranvía.

Gaudí fue el hijo pequeño de cinco hermanos. La mayor, Rosa, murió joven y dejó una hija, de nombre Rosa, sobrina de Gaudí. El segundo, Francisco, era médico y murió igualmente joven. Los otros dos, María y Antoni, murieron cuando eran muy pequeños. Antoni Gaudí vivió en Reus hasta la edad de dieciséis años (1868), cuando se trasladó a vivir a Barcelona con su hermano. Su madre moriría en 1876. En la capital catalana realizó sus estudios de arquitectura y ejerció como tal hasta su muerte, los últimos doce años dedicado en cuerpo y alma a la construcción de su obra señera: la basílica de la Sagrada Familia.

Durante su infancia, pasada en Reus y con estancias frecuentes en Riudoms, particularmente en el Mas de la Calderera, Gaudí mostró un gran interés por la naturaleza y las

formas orgánicas. El imaginario de Gaudí debe mucho a su observación constante de árboles y piedras, plantas y rocas, texturas y colores de la naturaleza. Más tarde dirá, como arquitecto, que la naturaleza es su maestra. Gaudí, niño y adolescente, pasaba mucho tiempo recorriendo lugares de las afueras de Reus y de Riudoms observando las formas de la naturaleza. Al mismo tiempo, llevaba a cabo sus estudios de secundaria en el Colegio de los Padres Escolapios de Reus, donde enseguida le detectaron una profunda inclinación por la geometría y el dibujo.

Gaudí recordará constantemente durante su vida que él era un geómetra y, por tanto, un arquitecto. Y así lo mostró en los trabajos presentados durante sus estudios en la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona, donde obtuvo el título en 1878. Ya en aquellos momentos, su estilo era tan único y visionario, influido por las formas del gótico catalán y por las formas orgánicas de la naturaleza, que uno de sus maestros, Elías Rogent, exclamó el día de su graduación: "Hoy damos el título a un loco o a un genio!".

El nuevo arquitecto empezó a trabajar intensamente en varios proyectos. Quería hacerse un nombre y, además, debía contribuir a una débil economía familiar. Ahora bien, su gran oportunidad llegó en 1883. Providencialmente, recibió, por parte de Josep Maria Bocabella, fundador de la Asociación de Devotos de San José, el encargo de continuar la construcción de la Basílica de la Sagrada Familia, un proyecto

que definiría su carrera y que él mantendría hasta la muerte. Durante más de cuarenta años la Sagrada Familia sería el sueño de Gaudí, un sueño que iría creciendo dentro de él y fuera de él, tanto espiritual como arquitectónicamente.

Las obras de Gaudí, tanto civiles como religiosas, se fueron sucediendo a un ritmo fuerte y lleno de contrastes. Así, diseñó el Palau Güell (1888), un edificio brillante de cromatismo, para su mecenas Eusebi Güell, que quería ser un símbolo de la Primera Exposición Universal de Barcelona. Y simultáneamente trabajaba, para el presbítero san Enrique de Ossó, en el convento y escuela de las Teresianas de la calle Ganduxer, una edificación austera y altamente espiritual, que plasma las enseñanzas de santa Teresa de Jesús. Los movimientos internos de su corazón que lucha por acercarse a Dios, la carga enorme de trabajo que lleva, las dificultades con las que se encuentra en Astorga y la muerte de uno de sus mentores, el obispo de Astorga e hijo de Reus, Juan Bautista Grau, que le había introducido en la liturgia de la Iglesia, llevan a Gaudí a preguntarse por el sentido profundo de su vida. Durante la Cuaresma del año 1894 un ayuno desmedido lo conduce a las puertas de la muerte. Le salvará la intervención de Josep Torras y Bages, futuro obispo de Vic, su mentor principal, junto a los padres del oratorio de San Felipe Neri, con quien se confesaba. Ese año 1894 Gaudí pasa por una crisis de crecimiento espiritual que, a la larga, le resultará beneficiosa ya que le hará andar con paso firme hacia la santidad.

En 1898 Gaudí, que ha continuado trabajando en la Sagrada Familia, inicia un período de gran actividad. Ha reencontrado con fuerza la presencia de Dios en él, y su arquitectura se llena de referentes cristianos, sobre todo cruces, como las que coronan el casal de Bellesguard, la casa Batlló, las azoteas de la Pedrera y la entrada del Parque Güell. O bien construye las Escuelas de la Sagrada Familia (1909), que paga de su propio bolsillo, para que los hijos de los obreros reciban una instrucción cristiana y ciudadana, y sea conjurada así la violencia social. Los símbolos cristianos se esparcen por la ciudad y su arquitectura los integra mediante un arte incomparable y una arquitectura única, que provoca la admiración y atrae por su fuerza. Pero a partir de los años 1912-1914 Gaudí, muerta su sobrina Rosa, lo va dejando todo, también la grandiosa intervención en la Catedral de Mallorca, fallecido el obispo amigo Pere-Joan Campins, y la cripta de la iglesia de la colonia Güell, con las obras paradas por la grave enfermedad de su amigo y mecenas Eusebi Güell. Todo se concentra en la Sagrada Familia. Ahora su preocupación exclusiva son las maquetas de las naves, la fachada del Nacimiento, los estudios sobre las campanas, los mosaicos del terminal de las torres, sin olvidar, sin embargo, los humildes candelabros y lámparas, que él mismo modela para la cripta de la Sagrada Familia.

En noviembre de 1925 Gaudí deja de vivir en el Parque Güell y se instala a pie de obra, en su obrador de la Sagrada Familia. Él, que vivía para Dios, se instala ahora cerca de su casa.

La torre de san Bernabé ya brilla en el cielo de Barcelona, y los marineros ya la pueden ver desde lejos. Es una torre entre dieciocho, pero es el signo de lo que vendrá, de la nueva Jerusalén que sube hacia el cielo. Gaudí, hombre con un estilo de vida austero, se aísla de todo lo que le puede distraer de su único objetivo. Sus fuerzas menguan y, en él, todo se orienta hacia Dios. El arquitecto, que sigue yendo cada día a la iglesia San Felipe Neri, junto a la catedral de Barcelona, es atropellado por un tranvía el 7 de junio de 1926 por la tarde, en la Gran Vía de les Corts Catalanes, junto a la plaza Tetuán. Confundido por un sin techo, es llevado al Hospital de los Pobres de la ciudad, el Hospital de la Santa Creu. Su estado es muy grave, y Barcelona se conmueve por el accidente. Por último, con un "Amén" repetido tres veces, Antoni Gaudí muere la tarde del día 10 de junio. Tiene cerca de setenta y cuatro años. Muchas personas pasan a honrar su cuerpo expuesto y dejan constancia escrita de su cariño. El entierro, sencillo de formas y multitudinario en cuanto a la asistencia, atraviesa las calles de Barcelona y constituye una expresión de la voz del pueblo: "¡Ha muerto un santo!" Los restos de Gaudí descansan en la capilla de la Virgen del Carmen, en la cripta de la Sagrada Familia.

# 3. LA ESPIRITUALIDAD DE ANTONI GAUDÍ

Tres son las inteligencias que confluyen en la persona de Gaudí. La primera es la inteligencia del espacio, que le predispone a innovar en los cálculos e imaginar, antes de hacerlos, los espacios interiores y exteriores de sus obras. La segunda es la inteligencia lógica y matemática, que le hace especialmente apto para el cálculo de las figuras geométricas. La tercera es la inteligencia espiritual, que le permite entrar en los misterios cristianos mediante la potencia de los símbolos de la religión de los discípulos de Cristo.

Se trata de tres inteligencias que se entrecruzan y complementan. Pero la inteligencia más decisiva es la tercera. La fuerza impulsora del genio creativo de Gaudí es el amor espiritual, un amor que se dirige a Dios y al prójimo. Por eso, el principal referente de la Sagrada Familia es la nueva Jerusalén, que está orientada hacia Dios. En el libro del Apocalipsis 21,2 leemos: "Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo". Pues bien, Gaudí ha construido una gran iglesia, que sube, no desciende, hacia el cielo, y que evoca la ciudad de Dios.

En la Sagrada Familia todo es vertical, todo sube hacia arriba, todo sube hacia la altura. Las dieciocho torres construyen un mensaje de esperanza cristiana en medio de la ciudad, visible a todos los ciudadanos y abierto a las futuras generaciones. La verticalidad de la basílica, que apunta desde la tierra hacia el cielo, es mucho más relevante que la horizontalidad. Gaudí desea que los peregrinos y visitantes de la Sagrada Familia, al contemplarla, se eleven ellos mismos hacia Dios desde la tierra. De hecho, en toda su obra, desde las piezas más pequeñas a los grandes diseños arquitectónicos, Antoni Gaudí quiere elevar a los hombres hacia el Infinito.

La espiritualidad de Gaudí, su vida interior se nutre de los cimientos del catolicismo. Y es precisamente esa espiritualidad, propia de una persona que no ha estudiado teología en un centro académico pero que vive los misterios de la fe, la que él expresa en sus obras. La fe católica, que Gaudí vive naturalmente, sin complicaciones intelectuales, sobre todo a partir de 1894, irradia en su arquitectura. Sus edificaciones beben de la fuente de la simbología cristiana. La arquitectura se pone al servicio del símbolo y el símbolo se traduce en formas plásticas de una belleza extraordinaria. Todo lo que Gaudí toca, se vuelve hermoso, participa de la belleza de Dios, porque en la raíz de su creatividad están los misterios cristianos y sus expresiones simbólicas.

La espiritualidad de Gaudí está fundamentada en los principios de la fe católica, tal y como se expresan en el Catecismo de la Iglesia, en la participación en los sacramentos, sobre todo en la misa y comunión diarias y en el sacramento de la penitencia, y en la práctica de las devociones, sobre todo el Rosario dedicado a la Virgen María, y el vía crucis. Por su parte, su espiritualidad es profundamente litúrgica. Gaudí sigue los ritmos del año litúrgico, especialmente los llamados “tiempos fuertes” (Adviento y Cuaresma), y participa con entusiasmo del Triduo pascual y de la Navidad. Sigue también los ayunos cuaresmales y siempre tiene a punto una oración o una jaculatoria, especialmente la referida a la Sagrada Familia: “Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía”.

Gaudí no nos ha dejado ningún documento de las fluctuaciones espirituales que experimenta. No nos ha legado ninguna “Historia del alma”, como santa Teresa del Niño Jesús, o un “Diario del alma”, como el del Papa san Juan XXIII. Debemos indagar su itinerario espiritual a través de su obra, de su propia historia, de sus actitudes, de los testimonios de su alrededor y de las influencias recibidas por personas y lecturas. Entre las personas, cabe mencionar a los tres obispos amigos (Torras y Bages, Grau y Campins) que ya hemos citado en el apunte biográfico, y algunos presbíteros: san José Manyanet, fundador de la congregación de los Hijos de la Sagrada Familia, el poeta Jacint Verdaguer, príncipe de las letras catalanas, y el jesuita y pensador Ignasi Casa-

novas, fundador de la Biblioteca Balmes. Gaudí pertenecía al grupo de intelectuales catalanes de su época y de joven participó activamente en diversas excursiones científicas. Es necesario hacer notar su relación de amistad con el poeta Joan Maragall.

Entre las lecturas que nutren su espiritualidad, cabe mencionar la Biblia y tres obras de cabecera. Gaudí leía la Sagrada Escritura en latín y en castellano (la Biblia de Torres Amat), "L'Année liturgique", obra de Dom Prosper Guéranger, en francés, y el Misal Romano y el Ceremonial de Obispos, en latín. La base de la vida espiritual de Gaudí, la puso el "Catecismo de la Doctrina Cristiana", escrito por el arzobispo de Tarragona Josep Domènec Costa Borràs, que Gaudí aprendió, muy probablemente, cuando hizo la primera comunión en Reus, y que da razón de los temas que Gaudí elige para la fachada de la Gloria. Hombre culto y formado, Gaudí se limitó a leer, en los últimos años de su vida, obras religiosas, sobre la vida de Jesús, sus milagros y los evangelios. Cabe recordar que las tres fachadas de la Sagrada Familia están dedicadas a tres misterios de la vida de Jesús: la encarnación (fachada del Nacimiento), la redención (fachada de la Pasión) y la parusía (fachada de la Gloria).

Hay, pues, una conexión muy estrecha entre lo que Gaudí vive interiormente y su obra arquitectónica. Por ejemplo, el uso que hace Gaudí del Catecismo de su infancia muestra cómo la Sagrada Familia es una catequesis, hecha en piedra

viva, de los misterios cristianos. Gaudí coloca los retablos fuera de la basílica, en las tres fachadas, que se convierten así en grandiosas explicaciones de los misterios de la vida de Jesucristo. De hecho, toda la basílica es un libro abierto, un Evangelio en piedra, con el tema señero de la Trinidad como elemento central. Todo gira en torno al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pero también de los sacramentos y de la Iglesia como pueblo de Dios y como sacramento de salvación. La espiritualidad de Gaudí anticipa lo que será el Concilio Vaticano II. Él es un precursor.

Por otra parte, el fundamento metafísico de la obra de Gaudí es la metafísica cristiana. Gaudí llega a través de su referente espiritual, el doctor Josep Torras y Bages, obispo de Vic, y el P. Ignasi Casanovas, que se inspiran en el pensamiento de santo Tomás de Aquino y en los escritos de Jaume Balmes, autor muy respetado por Gaudí. Además, el obispo Campins y el entorno mallorquín de principios del siglo XX hacen que Gaudí lea algunas obras del beato Ramon Llull, mientras vive en Palma. Tomás de Aquino y Ramon Llull construyen unas respectivas síntesis teológicas, distintas entre sí pero de gran fuerza intelectual, que se reflejan en algunas de las opciones e ideas de Gaudí. Así, el deseo de totalidad en arquitectura, típico de Gaudí, encuentra un paralelo en el pensamiento teológico y filosófico de Llull, también de cariz holístico. O bien, la correspondencia entre Dios y la creación, equivale a la relación entre lo invisible y lo visible. La realidad se comprende cuando el ser humano entiende que

Dios se comunica con él a través de la obra creada. Por eso Gaudí dirá que la naturaleza, la creación, es su maestra.

La espiritualidad de Gaudí pasa por su vocación a expresar plásticamente la obra de Dios. Él se siente llamado a construir una obra arquitectónica impregnada de simbología cristiana, para hacer visible y patente la grandeza de la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso, el Credo o Símbolo de la fe ocupa la parte más vistosa de la fachada de la Gloria, como una señal de lo que la basílica de la Sagrada Familia es y quiere ser: una arquitectura cristiana, inspirada en el arte gótico pero llevado a la perfección. Gaudí ha oído la llamada de Dios a expresar mediante su arquitectura los misterios cristianos, desde una vivencia espiritual interior, fuerte, de estos misterios. Como Gaudí mismo escribe en el "Manuscrito de Reus", redactado en verano de 1878, una gran iglesia "debe inspirar el sentimiento de la divinidad, con sus infinitas cualidades y atributos". Gaudí vivirá ese sentimiento con toda la fuerza y así será capaz de transmitirlo. La Sagrada Familia es una combinación única de espacio vertical y profundo, a la vez que humanizado, donde la persona se siente pequeña pero no aplastada. La majestad de Dios no destruye al ser humano. Al contrario, lo dignifica y le enaltece.

## 4. LA BELLEZA Y LAS FUENTES DE INSPIRACIÓN: BIBLIA, LITURGIA, NATURALEZA

La belleza es uno de los caminos que llevan a Dios, tanto la belleza de las cosas creadas por él como la belleza del arte, que es creación humana. Por eso, la creación artística debe desbordar de belleza para que sea una auténtica alabanza y reconocimiento del Dios Creador, y para que eleve hacia él a quienes la contemplan y la admiran. Gaudí propone ir de las cosas visibles a las invisibles (*per visibilia ad invisibilia*), descubrir al Creador mediante las cosas que la vista y los demás sentidos corporales pueden captar. Retomando una expresión de los filósofos griegos, Gaudí afirma que la belleza es el resplandor de la Verdad, que en último término es Dios mismo. Por tanto, quienes buscan las leyes de la naturaleza para conformar sus obras artísticas colaboran con el Creador.

Así pues, la belleza no se relaciona ni con el lujo ni con la complicación. La Sagrada Familia es hermosa, no lujosa. Despierta emociones, sentimientos de alegría y de paz y crea una sensación de luminosidad interior, por lo que aflora un deseo de participar de la misma belleza integrándola en la propia vida. Lo dice san Juan Pablo II: «Toda forma auténtica de arte



es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por eso, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa». La belleza arranca al ser humano de su egoísmo, de su prisión interior, y abre en él espacios hacia la trascendencia, la infinitud y el misterio, avivando el anhelo de una felicidad eterna.

Escribe Benedicto XVI que la belleza ensancha los horizontes de la conciencia humana y remite a la persona más allá, al misterio de Dios. Según el Papa-teólogo, la belleza tiene un papel esencial que ya vio Platón: sacude al ser humano, le saca de sí mismo, lo arranca de su resignación. Es como un dardo que le hiere y lo despierta, ya que le abre los ojos del corazón y de la mente para que pueda volar. En la homilía que pronunció Benedicto XVI con motivo de la consagración de la basílica de la Sagrada Familia, el día 7 de noviembre de 2010, dijo: “Antoni Gaudí contribuyó genialmente a superar el corte entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en ese mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre la belleza de las cosas y Dios como Belleza. Esto lo realizó Antoni Gaudí no con palabras sino con piedras, trazos y planos. Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza”.

El Papa Benedicto decía también: “Gaudí, con su obra, nos muestra que Dios es la auténtica medida del hombre. Que

el secreto de la auténtica originalidad radica, como decía él, en volver al origen que es Dios. Él mismo, abriendo así su espíritu a Dios, ha sido capaz de crear en esta ciudad (de Barcelona) un espacio de belleza, de fe y de esperanza, que conduce al hombre al encuentro con quien es la Verdad y la Belleza misma". Así lo manifestaba igualmente el obispo Josep Torras y Bages, uno de los referentes de Gaudí, para quien, contemplar la belleza, es contemplar uno de los atributos de Dios reflejado en la naturaleza. Un paisaje, un edificio, la música, pueden llevar al ser humano hacia Dios. La contemplación de la belleza, ya sea en el marco de una iglesia imponente como la Sagrada Familia, o bien en un humilde espacio natural, suscita la conversión del corazón.

Las fuentes de inspiración de las que Gaudí va a beber son tres: La Biblia, la liturgia y la naturaleza. La Biblia es la primera revelación de Dios, que da su Hijo, Jesucristo, para llenar el mundo de su amor, y envía al Espíritu Santo para renovarlo. Dios crea el mundo y quiere conservar el mundo que ha creado, y cuenta con el cuidado que nosotros debemos tener de los seres creados, empezando por el ser humano, especialmente por los pobres y los descartados. Así lo enseña el Papa Francisco en las encíclicas "Laudato si'" y "Fratelli tutti". En segundo lugar, la liturgia cristiana, y particularmente la católica es, para Gaudí, una obra de arte total, una corriente de vida que religa a Dios y a quienes participan de la acción litúrgica, sean habitantes de la tierra o del cielo. Finalmente, la naturaleza evoca, en Gaudí,

la inmensidad de Dios y por eso podemos decir que toda la tierra es sagrada, con las plantas que la pueblan, las rocas que la encumbran, el agua que la riega y el alimento que de ella proviene, tanto para los hombres como para las bestias.

Gaudí amaba la liturgia de la tierra, que es reflejo de la liturgia del cielo. A su juicio, la liturgia es una lección de la más depurada estética. Es un ver lo invisible, es expresar lo inexpressable, es encontrar lo sublime en cosas cotidianas. La liturgia, a través de la belleza, conduce a la contemplación. La oración litúrgica es un retorno constante a la belleza de Dios. Por eso, la basílica de la Sagrada Familia, y cualquier otra iglesia, es un estuche del misterio, de la liturgia que se celebra. Gaudí ha estudiado atentamente la disposición de las cantorías, de los claustros, del presbiterio, del altar, de las naves, de las sacristías, de los portones, de las vidrieras y de las linternas, que dan luz a un interior que debe expresar la grandeza y la sencillez del Dios hecho hombre. La profunda fe católica de Gaudí y su respeto por la tradición litúrgica del catolicismo se reflejan en cada uno de los elementos, espacios y ambientes que crea para garantizar la contemplación y adoración.

Muchos domingos por la tarde, Gaudí iba a la escollera del puerto de Barcelona, a ver el mar, la luz del cielo y del agua y el movimiento de las olas. Cuando vivía en Reus, le encantaba la playa del Miracle en Tarragona. La naturaleza es, para él, una revelación de Dios, la segunda después de la que

nos viene por su Palabra. En la Sagrada Familia, la Biblia y la liturgia inspiran el simbolismo, mientras que la naturaleza, con la geometría, explican la arquitectura, y todo se fusiona de forma inseparable. Gaudí, desde niño, ha aprendido a observar y contemplar la naturaleza como obra de Dios y como fuente de inspiración. Para él, la naturaleza no es algo que dominar sino una maestra diligente, un libro abierto, donde se lee todo lo que puede nutrir la creatividad humana y sus modelos. Gaudí copia la naturaleza en la escultura y, en cambio, la transforma en la arquitectura. Por ejemplo, en la Sagrada Familia hay columnas-árbol (nave, fachada del Nacimiento) y columnas óseas (fachada de la Pasión), y en la cripta de la colonia Güell las columnas son geológicas. Todo canta la gloria de Dios.

# 5. LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Antoni Gaudí es un cristiano que vive de manera extraordinaria las virtudes cristianas, tanto las llamadas “teologales” (fe, esperanza y caridad) como las llamadas “cardinales” (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), y algunas otras virtudes que complementan las anteriores (pobreza, humildad, obediencia y castidad). En una palabra, tal y como ha quedado demostrado en la “positio” o documento de la causa de beatificación de Gaudí, presentado y aceptado por la Santa Sede, él practicaba las virtudes cristianas en grado eximio y su fama de santidad era notoria. Lo avalan las reacciones, públicas y privadas, a menudo anónimas, que se produjeron con motivo de su muerte y en su entierro multitudinario.

Antoni Gaudí es un hombre de fe, recibida desde niño y afianzada sobre todo a partir del ayuno cuaresmal de 1894. Desde ese momento, se refuerza en él el hombre interior, cercano a la gracia de Jesucristo y a la práctica habitual de los sacramentos como medio constante de santificación. La fe en Dios y en su providencia se arraiga en su vida y llena toda su persona y su actividad. Una de sus frases preferidas es, en este sentido, “en la Sagrada Familia todo es providencial”. Todo sucede según la voluntad de Dios y su

designio, lo que hace que la obra de la basílica avance, y los retrasos que sufre por las penurias económicas y por los imponderables de todo tipo. Mencionamos, por ejemplo, los muchos meses que Gaudí debe esperar para que llegue de Italia el mosaico veneciano para el terminal de las torres. Gaudí no pierde ni una brizna de su confianza en Dios. Sabe que construyendo la Sagrada Familia cumple su voluntad, y que nada debe estorbarla interiormente. Dice: “el dueño de esta obra no tiene prisa”.

Ésta es la reflexión de un creyente y de un arquitecto acostumbrado a que le urjan a poner plazos a las obras que construye. Por eso, medio en serio medio risueño, responderá a quienes le piden fechas de finalización de la basílica: “la Sagrada Familia, la acabará san José”. Será cuando desde el cielo quieran. Ésta es la fe de Gaudí, compartida por quienes han intervenido en la obra y por quienes entienden que todos dependemos de la providencia divina. Naturalmente, la basílica es el resultado del trabajo humano, y por eso el propio Gaudí afirma: “Es una obra que está en manos de Dios y en la voluntad del pueblo”. Su vocación se encuentra a medio camino entre lo que Dios le ha dado (unas capacidades arquitectónicas excepcionales) y lo que él puede ofrecer al pueblo (una iglesia que es casa de oración y alabanza al Altísimo). Dice Gaudí: “el arquitecto, viviendo con el pueblo y dirigiéndose a Dios, va haciendo su trabajo”. Gaudí se arraiga en su tierra y en su país, al tiempo que se orienta hacia Dios, eleva su construcción cielo arriba, a las alturas.

Dice la Carta a los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (11,1). Entre fe y esperanza existe una relación estrecha. Quien cree, espera, y quien espera, cree. Gaudí es un hombre que vive el futuro como si estuviera presente, y contempla el presente mirando al futuro. Cuando Gaudí recibía a un grupo de visitantes y les explicaba la Sagrada Familia, la basílica era un espacio al aire libre, sin cubiertas, lleno de sillares a medio cortar, andamios por doquier y algún lienzo de pared ya levantado. Pero Gaudí hablaba a los visitantes como si la basílica estuviera ya terminada y, más aún, les describía “in situ” las celebraciones litúrgicas que se harían: los ministros del altar entrando entre nubes de incienso, el pueblo cantando a pleno pulmón, los órganos tocando con toda su potencia, las campanas llenando la ciudad con sus sonidos. Nada era visible, todo estaba por hacer, y todo estaba allí, ante los ojos atónitos de los visitantes que seguían encantados las explicaciones de un hombre que creía y esperaba, que poseía una visión propia de quienes están tocados por la gracia de Dios.

Antoni Gaudí creía firmemente en la vida eterna y esperaba la resurrección de la carne. La fachada de la Gloria de la Sagrada Familia evoca cuál es el destino último del ser humano y cómo vivir para poder participar de la vida eterna. Gaudí parte de la convicción de que la vida humana tiene un fin trascendente, no es absurda ni es una fatalidad. Somos seres orientados a la eternidad. Morimos sin apelación posible, dejando una vida corruptible, pero nacemos a la vida

eterna. La vida humana no alcanza su plenitud en el espacio y en el tiempo, sino que apunta hacia la eternidad. Ésta es la finalidad última de la existencia humana.

Dice el apóstol Pablo: "Revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (Colosenses 3,14). Gaudí había dicho: "Primero, el amor; después, la técnica". Antes de levantar un edificio, y mientras suben los muros y paredes, hay que tener presente que Dios es amor, y que estamos en esta tierra para amarnos unos a otros. Es posible construir sobre el amor. Sin amor, todo es precario y se hunde. Gaudí amó a las personas y las cosas, sin depender de ellas ni ser esclavo. Tenía un carácter fuerte ("gente del Campo, gente del rayo"), pero se confesaba de ello y reconocía que no había podido vencer del todo su carácter.

Los santos se forjan en medio de proyectos no realizados, pero nunca les falta la proximidad del Padre, la compañía del Hijo y el fuego del Espíritu Santo. Nunca les falta el amor recibido y el amor dado. Gaudí fue tutor durante muchos años de su única sobrina, Rosa, huérfana, que no estaba bien de salud, hasta que ésta murió. Cuidó de aquella chica desafortunada y le hizo de padre, amándola y ocupándose de ella. Algo parecido se puede decir de Llorenç Matamala o de Carles Mani, artistas amigos suyos, a los que socorrió y apoyó cuando fueron víctimas del cáncer, o de Francesc Berenguer y de los trabajadores de la Sagrada Familia, a quienes ayudó en las enfermedades y las penas. Gaudí se

revistió del amor hacia los pobres y los enfermos, y procuró que los hijos de los obreros tuvieran unas escuelas dignas. El amor le fue transformando, y acabó renunciando a todo para gloria de Dios.

Sobre las virtudes cardinales, es significativo recordar un episodio que coincidió con un momento de gran penuria económica de la Sagrada Familia (1914-1915). Gaudí se convirtió en mendigo, en un mendigo que iba por Barcelona pidiendo dinero para las obras de la basílica. En aquella ocasión tuvo que ejercitar las virtudes cardinales, de hombre prudente en el habla, de hombre justo en la petición, de hombre fuerte frente a las frecuentes negativas y de hombre templado y medido en una difícil tarea. Gaudí reconoció ante Josep M. Dalmases, que le acompañaba, nieto del fundador de la Asociación de Devotos de San José, que aquella colecta le había costado mucho y que había tenido que ser humilde, aceptando la buena voluntad, a menudo raquítica o inexistente, de las personas.

Las virtudes evangélicas de la pobreza, castidad y obediencia son constantes en la vida de Antoni Gaudí. Él, que de joven había sido un muchacho que no rehuía la buena mesa y los buenos vestidos, y que buscaba el reconocimiento social, murió en la máxima pobreza y austeridad. Tanto es así que, tras el accidente que le llevaría a la muerte, le confundieron con un sin techo, cuando le ingresaron en el Hospital de los Pobres, lugar donde él mismo había dicho que quería

ser llevado. Y, de forma providencial, así fue. En él se cumple la frase que todo lo hizo “ad maiorem Dei gloriam”, para una mayor gloria de Dios. Por otro lado, Gaudí vivió como laico y como soltero, de forma voluntaria, renunciando a casarse. Su ofrenda a Dios también pasó por su estado de vida. Se quiso casar y, como no fue posible, se dijo a sí mismo que ésta era la voluntad de Dios. Finalmente, Gaudí practicó la obediencia a Dios, aceptando la misión de construir la Sagrada Familia, al Evangelio de Jesús y a la Iglesia, madre de muchos hijos. Gaudí era una persona dócil a su director espiritual y procuraba hacer lo que dice la Carta a los Efesios: “Someteos los unos a los otros por reverencia a Cristo” (5,21).



## 6. EL CAMINO DE LA MÍSTICA

Gaudí, un genio de la arquitectura, no ha puesto su arte en el centro de su vida. El centro, lo ocupa su experiencia del Absoluto, que va más allá de un discurso intelectual y estético, y se adentra dentro del corazón —un corazón que, en palabras del Salmo, «Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo» (42,2). La santidad de Gaudí culmina en la vía mística, que es su colofón. Cuatro son los elementos que la configuran: la providencia, la ascensión, el sacrificio y la gloria.

En cuanto a la providencia, Gaudí tiene el firme convencimiento de que existe una providencia que vela por nosotros. Lo afirma porque existe en él una vivencia interior de unión con Dios y de fe total en sus designios. Todo es gracia, dijo Pascal. Todo es fruto de la misericordia divina. Gaudí se ha puesto en todo momento en manos de Dios, lo que le ha reportado un aumento de la confianza en él y una disminución del ansia de no poder acabar en vida la Sagrada Familia. De hecho, Gaudí hace notar que los edificios religiosos por esencia deben ser perdurables, así como lo es la religión que albergan. La construcción de la gran iglesia, necesariamente larga, debe medirse según el tiempo de Dios.

Por lo que se refiere a la ascensión, los místicos se aproximan a Dios y espiritualizan las cosas de este mundo. La ascensión incluye ambos elementos. Gaudí no toma las rea-

lidades terrenales y las espiritualiza, afina la materia que trabaja y le confiere una belleza que brota, en último término, de la espiritualidad que él vive. Por eso la Sagrada Familia sobresale de una belleza empapada de Dios, de un Dios que no está lejos del arquitecto, que llena su espíritu y en el que él vive y se mueve. En Gaudí, como en la Sagrada Familia, domina la verticalidad: él asciende y se une a Dios, como las dieciocho torres que suben hacia el cielo.

Por lo que respecta al sacrificio, Gaudí afirma que la vida es amor y que el amor es sacrificio. Gaudí entiende el amor como una ofrenda a Dios, como un don de sí mismo. El amor no es, para Gaudí, la búsqueda de la autosatisfacción, sino la voluntad de salir del propio yo, de abandonar toda vanidad. Gaudí se aparta del halago y del prestigio, de los honores y de los reconocimientos. Detrás de esta constante de su vida, está el deseo firme de lo que él llama "la disminución del yo", que debe hacerse sin buscar "ninguna compensación", puramente por amor. Gaudí camina por la vía del amor, es decir, del sacrificio, que pasa por renunciar a uno mismo y vaciarse de sí mismo. Como dice Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Marc 8,34). Para Gaudí, es necesario asumir la condición de dolor y fragilidad que caracteriza la vida humana y lanzarse decididamente al trabajo continuado. Gaudí, como el beato Ramon Llull, es un místico de lo concreto, no de oscuridades especulativas ni de fenómenos extraordinarios. Los pies en el suelo y la luz del Mediterráneo configuran su

visión espiritual, su vivencia de Dios, su experiencia de la realidad.

Por lo que se refiere a la gloria, Gaudí es un hombre de visión —no un visionario ni un iluminado— y por eso, su mística de los ojos abiertos abarca el presente y el futuro, contempla el mundo humano y el mundo divino. Gaudí ve lo que hay y lo que no hay, capta, con su visión, su inmensidad, su totalidad. La Sagrada Familia que construye es fruto de una visión que culmina en la visión de Dios, y por eso lo que hay dentro y fuera refleja aquellas cualidades que pertenecen a lo que ahora vivimos: el sentido de la luz y del espacio, y la plasticidad. La Sagrada Familia es el triunfo de la forma plástica arraigada en la visión de un místico, que ve en su obra una participación en la gloria de Dios. Dice Gaudí: “La gloria es la luz, la luz da la alegría, y la alegría es la alegría del espíritu”. Gaudí ha vivido unido a Dios, le ha contemplado, le ha amado, con todo el corazón, con toda el alma, con todo el pensamiento. (Deuteronomio 6,5)



ANTONELLO DAVID  
CIBINGI

# 7. EPÍLOGO

Antoni Gaudí es un artista genial, a la vez que un místico en medio de la ciudad, es un hombre contemplativo y activo, solitario y social a la vez, un asceta y un ciudadano, un hombre de fe católica arraigada, un creador nato que da vueltas a las cosas e innova, un hombre cercano a su familia, a sus amigos, a su patria. La vida personal de Gaudí está marcada por la sencillez y la humildad. Vive de forma austera, dedicado al trabajo, entendido como vocación y llamada de Dios, a la vez que tiene presentes las necesidades ajenas. Es un hombre reservado, pero profundamente compasivo y generoso. Es un hombre penetrado por la santidad y por la oración. Por eso merece ser llamado "el arquitecto de Dios".

Gaudí crea una nueva arquitectura, que es un perfeccionamiento del gótico, el estilo europeo de mayor duración en el tiempo, y en esta arquitectura introduce de lleno los símbolos cristianos, de modo que los misterios de la fe cristiana estructuran lo que hace, tanto en las obras religiosas como en las obras civiles. Gaudí traduce la fe en piedra y en formas, en texturas y colores, en luz y en profundidad del espacio. Ha recibido un don de Dios y lo hace fructificar para su gloria, y lo pone a disposición del pueblo, para el que trabaja. Gaudí quiere que el pueblo catalán y todos los demás pueblos del mundo gusten la grandeza y la belleza de Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La obra que más expresa los ideales de Gaudí es, sin duda, la Sagrada Familia. Es aquí donde se encuentran la fe de Gaudí y su extraordinaria arquitectura, donde la gran iglesia es realmente casa de Dios, la nueva Jerusalén, y casa de los hombres, el espacio privilegiado para la liturgia cristiana. La simbiosis entre Gaudí y la Sagrada Familia es tan estrecha que uno no se entiende sin la otra. En la basílica del pueblo, en medio de la red urbana de Barcelona, la gran ciudad, Gaudí ve un santuario, un faro de luz que sale de la torre principal, la cruz de Jesús, cordero de Dios, muerto y resucitado, y de las otras torres que le acompañan, dedicadas a Santa María, a los cuatro evangelios y a los doce apóstoles. ¡Dieciocho torres que hacen ascender hacia el cielo la nueva Jerusalén, representada por la Sagrada Familia!

Gaudí dijo: “En la Sagrada Familia todo es providencial, incluso mi entrada como arquitecto. Colocada en el centro de la ciudad y del llano de Barcelona, está a la misma distancia del mar y la montaña, de Sants y Sant Andreu, de los ríos Besós y Llobregat”. Gaudí tenía un sueño sobre la ciudad. Quería que ésta poseyera un símbolo potente, singular, único. Y así fue. Él quería comunicar, con sus obras, el Evangelio de Jesús, y se le ha concedido. Su vida santa irradia a los cuatro vientos mediante una gran iglesia que atrae a gente de todas las culturas, razas y religiones, una obra arraigada en la fe católica, abierta a todos los cristianos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.



**ASOCIACIÓN CANÓNICA ANTONI GAUDÍ**  
**BARCELONA 2024**